El tesoro del Brandivino

El mayor orgullo de la familia de los Brandigamo era descender de Gorhendad Gamoviejo, que cruzó el Brandivino y se instaló en la colina de los Gamos, en la región oriental de la Comarca. Rorimac descendía de una rama menor del linaje del ilustre Gorhendad y, aun así, no bajaba la cabeza al decir que era un Brandigamo y su mayor pasión era navegar por el Brandivino con la balsa que había pertenecido a su padre y que fue fabricada por su abuelo.

Rorimac tenía un buen amigo llamado Berilac con el que solía pescar en el Brandivino. Ambos colocaban las cañas, se tumbaban sobre la balsa y disfrutaban de la caricia del sol a la espera de que algún pez picara el anzuelo.

Los dos hobbits se conocían desde que tenían uso de razón. Sus madres eran primas segundas y vivían la una al lado de la otra, por lo que Rorimac y Berilac jugaron muchas veces yendo de un agujero hobbit a otro. Cuando crecieron, su amistad se afianzó y Rorimac, que era el más joven de los dos, fue el padrino de boda de Berilac y el que recogió el ramo lanzado por la novia, a pesar de que intentó deshacerse de él cuando cayó en sus manos.

—Espero ser el padrino de tu boda —dijo Berilac—. Deberías empezar a coquetear con alguna buena chica de los Gamos.

Rorimac, a pesar de haber pasado los treinta y tres años la primavera pasada, no parecía muy dispuesto a pensar en el matrimonio. Era de la opinión de que una mujer solo conseguiría apartarle de su amado Brandivino, al que seguía yendo a pescar con Berilac cuando los deberes conyugales de este conseguían apartarlo de su casa.

Una tarde de otoño, en la que el viento arrastraba hojas cobrizas y las depositaba en el cauce del río, Berilac volvió a insistir sobre las ventajas de que Rorimac contrajera matrimonio.

—Piénsalo, si tú tuvieras una niña y yo un niño, podrían casarse.

—¿Por qué mi primogénito tendría que ser una niña? —preguntó Rorimac, que deseaba que algún pez tirara de su caña cuanto antes.

—Es una forma de hablar, amigo. Tú ya me entiendes.

Rorimac siguió soltando pestes de la vida de casado cuando Berilac pescó una trucha bien gorda de la que podrían comer los dos amigos hasta hartarse.

—¡Es enorme! —exclamó Rorimac, que ya se veía asando el pez a la orilla del río.

Como esa tarde la mujer de Berilac se encontraba con unos parientes y llegaría tarde a casa, este propuso a su amigo hacer lo que los dos estaban deseando. Rorimac, ni corto ni perezoso, condujo la barca hasta la orilla del Brandivino y fue corriendo a buscar leña seca entre los árboles para preparar una hoguera mientras Berilac limpiaba la trucha.

Cuando Rorimac, después de haber reunido un buen montón de leña, empezó a encender el fuego, Berilac estaba sacando las tripas al pescado. Fue entonces cuando realizó un feliz descubrimiento al caer un objeto dorado a la tierra, cuyo brillo atrajo la mirada de su amigo.

—¡Oye! ¿Qué es eso?

Con las manos sucias de pescado, Berilac le dijo a su compañero que lo recogiera cuando acabara de encender el fuego y este le obedeció a toda prisa, descubriendo así que la sorpresa que se encontraba entre las vísceras de la trucha era un soberbio anillo de oro de bellísima factura a pesar de carecer de joyas que le sirvieran de adorno.

—¡Dios mío! ¡Mira que anillo!

Al oír que se trataba de un anillo, Berilac frunció el ceño y lo estudió con detenimiento, guardando las distancias con Rorimac, pues aún tenía las manos manchadas de tripas de pescado.

—Una vez mi abuelo me contó que su bisabuelo perdió en el río el anillo de oro con el que iba a pedir la mano de mi bisabuela. Debe de ser este que he encontrado.

Mientras tanto, Rorimac sintió por un segundo la codicia del oro. Si vendía aquel anillo, podría comprarse unas cuantas gallinas y un gallo, montar una granja y hacerse rico si conseguía vender a buen precio los huevos e invertir bien el dinero que obtuviera con ese negocio. No obstante, pronto se le pasó aquella fiebre. Si el anillo había pertenecido realmente a la familia de Berilac, debía devolvérselo y, aunque no fuera así, había sido su amigo quien había pescado la trucha.

El anillo debía pertenecer a Berilac.

—Pues has recuperado una reliquia familiar. Dáselo a tu mujer.

Rorimac extendió la mano, entregándole el anillo a su amigo, pero este lo rechazó con una cálida sonrisa.

—Quédatelo hasta que tengas a alguien a quien dárselo.

Rorimac se quedó sin palabras. Aquel gesto de su amigo lo había enternecido y, aunque seguía pensando igual del matrimonio, decidió quedárselo y comió junto a Berilac a la orilla del Brandivino, fumó con él y después ambos cantaron hasta que apareció la luna.

Durante las semanas siguientes, siempre después de haberse bebido varias pintas de cerveza, Rorimac hablaba a todo el que quisiera escucharle de la generosidad de Berilac y del pacto al que habían llegado. Con orgullo, mostró a sus vecinos el anillo de oro y estos se quedaron deslumbrados por la magnífica joya y hubo unas cuantas muchachitas hobbits que suspiraron al contemplarlo.

—¿A quién se lo vas a dar, granuja? —le preguntaban cada día y Rorimac se encogía de hombros con naturalidad, pues la idea del compromiso todavía no le tentaba.

Mientras tanto, Berilac hacía oídos sordos a los comentarios de su mujer, que también había caído bajo el embrujo del anillo.

—Si ese anillo perteneció a tu familia, deberías tenerlo tú; no Rorimac. ¿No quieres que tu hijo tenga algo tuyo que dar a su prometida?

Berilac no le gustaba oír hablar de aquello, pero tampoco podía ignorar a su esposa, cuyo vientre ya estaba demasiado abultado por la cercanía de la fecha del parto.

—Quiero que Rorimac forme una familia. Cuando lo haga, se lo pediré de vuelta y él me lo devolverá.

—Eres un iluso. Si se lo da a su esposa como alianza, jamás lo recuperarás.

A la mujer de Berilac tampoco le gustaba discutir con él, pero creía que si no defendía entonces los derechos sobre el anillo de sus futuros hijos, jamás podría hacerlo.

—Te prometo por la memoria de mis antepasados que Rorimac me devolverá el anillo de mi bisabuelo —dijo Berilac sin atreverse a mirar a la que iba a ser la madre de sus retoños.

Pero los días pasaron, y los meses, y un año, y Rorimac se había atrevido a rechazar a las hijas de hobbits de buena familia. El Brandigamo no quería ni oír hablar de novias. Lo único que tenía en mente eran los posibles negocios que podía llevar a cabo si vendía el anillo del abuelo de Berilac, por el que había llegado a ser famoso en la región. Era rara la semana en la que no le pedían en la taberna que enseñara aquella joya de oro macizo.

—Quiero que mires a tu primogénito y le digas por qué le entregaste un tesoro familiar a un amigo que no merece tu confianza —dijo un día la mujer de Berilac a su marido, harta de la actitud de Rorimac.

Berilac había puesto a su hijo el nombre de su mejor amigo y recordar eso mientras escuchaba las acusaciones de su esposa avivaba su dolor. El hobbit se fue a fumar a la puerta de su casa, deseando encontrar la solución a su problema, pues por fin se había dado cuenta que Rorimac jamás iba a casarse. Prefería pasarse la vida en la taberna o en su barca, pescando en el Brandivino.

A la mañana siguiente, después de una noche larga y tormentosa en la que Berilac fue incapaz de conciliar el sueño, el desdichado hobbit fue a la casa de su mejor amigo y llamó a la puerta.

Ese día, Rorimac había madrugado para ir a pescar. Había veces en las que le gustaba echar la caña cuando todos sus vecinos dormían.

—¡Buenos días, Berilac! ¿Quieres ir a pescar? Podemos comer en el río si te apetece.

Rorimac había visto en los ojos de su amigo dolor y una pizca de rabia, y el anilllo de oro, que se encontraba en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, se convirtió en un objeto muy pesado. Rorimac era plenamente consciente de la opinión de la mujer de Berilac, a la que había empezado a odiar por inmiscuirse en cuestiones que no eran de su incumbencia.

—Claro. Vamos.

Los dos hobbits cogieron cañas, una cesta con bocadillos y se fueron al Brandivino, donde Rorimac llevó la barca hacia una zona bastante profunda donde solía haber muy buenos peces.

Tras lanzar el anzuelo y colocar las cañas a un lado de la barca, Berilac decidió abordar el delicado asunto que le había llevado a ir a la casa de su amigo a una hora tan temprana.

—Rorimac, sé que no te quieres casar y respeto tus motivos. Es por eso por lo que quiero que me devuelvas el anillo de oro de mi familia. Espero no ofenderte.

Rorimac calló. A pesar de que no había vendido el anillo, este le había dado mucha fama en los Gamos y por nada del mundo quería deshacerse de él.

—Me estoy tomando el asunto de la boda con calma, amigo. Tengo que elegir a la hobbit con la que pasaré el resto de mis días.

Rorimac estaba pensando cómo quedarse con el anillo. Tal vez si se casara, podría con la ayuda de su esposa mantenerlo en su poder. Además, tal vez el anillo le ayudara a conseguir una hobbit de buena familia, con una cuantiosa dote para montar la

granja con la que había soñado. Si jugaba bien sus cartas, podía tener el anillo, riquezas y fama.

—Rorimac, ese anillo perteneció a mi familia. Fui un insensato al dártelo y ahora te estoy ofendiendo a ti y a mi familia. Por favor, amigo, quiero que mi primogénito tenga algo que pueda dar con orgullo a sus hijos.

Berilac no sabía que el anillo estaba en el bolsillo de la chaqueta de Rorimac, o eso era al menos lo que pensaba el hobbit codicioso.

—Berilac, no sé cómo decirte esto, pero no creo que pueda darte el anillo. ¿Recuerdas que hace tres días no quise enseñarlo? Lo dejé en una mesa del comedor de mi casa y no lo encuentro. Tal vez cuando volvamos puedas ayudarme a buscarlo y si no lo encuentro, te compensaré.

Rorimac había hablado con desesperación, con el deseo de no entregar el anillo a su legítimo dueño, y Berilac había percibido la codicia de su compañero. La rabia que lo había embargado por la noche tras la discusión con su esposa se descontroló.

—Me estás mintiendo. Lo llevas a todas partes. Nunca quisiste separarte de él y ahora no quieres devolvérmelo.

—Vamos, vamos. ¿Te estás escuchando? Me acabas de llamar mentiroso. Soy tu mejor amigo, Berilac.

Y era eso último lo que más enfurecía a Berilac, que había empezado a llorar de pura frustración y desesperación.

—Te di un tesoro de mi familia porque quería que fueras feliz y tú me escupiste en la cara. Jamás quisiste casarte —dijo y, después de eso, empujó a su amigo, que, por miedo irracional a que Berilac fuera a quitarle el anillo, metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y se cayó de espaldas tras haber perdido el equilibro.

El anillo, motivo de discordia, rodó por la cubierta de la barca y Berilac contuvo el aliento. No se podía creer que Rorimac lo hubiera engañado de una forma tan despreciable.

—Mentiroso…

Descubierto, Rorimac se levantó, también enfurecido.

—Todo esto es culpa tuya. Tú me diste el anillo para obligarme a casarme y ahora te arrepientes porque quiero tomarme las cosas con calma. ¡Todo por escuchar a la lianta de tu esposa y no confiar en mí!

—¡No te atrevas a hablar así de mi mujer!

Ambos, Rorimac y Berilac, se enzarzaron en una feroz disputa donde los puñetazos se intercambiaban con rabia y desprecio. Rorimac estuvo a punto de caer por la borda de su barca con la boca ensangrentada, pero la rabia lo animaba a levantarse cada vez que Berilac lo tumbaba.

—¡Es una metomentodo! ¡Eso es lo único que consigues casándote! —continuaba chillando Rorimac. Berilac guardaba silencio; no lanzaba más acusaciones a su amigo a pesar de que este se negara a devolverle aquello que él le había entregado con tan buena intención.

En un determinado momento de la pelea, Berilac dejó en alto el puño y Rorimac aprovechó la ocasión para empujar al que había sido su mejor amigo, al que arrojó a las aguas del Brandivino. Ni aun así pudo Berilac volver a decir una mala palabra de Rorimac, que cogió los remos y se alejó de allí, pues conocía de sobra la habilidad de Berilac como nadador.

—¡No vuelvas a acercarte a mi casa! —le chilló.

Y, tal vez por cumplir su deseo, tal vez sin tener siquiera fuerzas para nadar después de haber perdido aquello que tenía por incondicional, la amistad de Rorimac, Berilac se hundió en las aguas del Brandivino. No chapoteó, no gritó pidiendo auxilio. Simplemente pensaba en su hijo, al que había puesto por nombre Rorimac y en el que confiaba para que le convirtiera en el padre más orgulloso del mundo.

La barca de Rorimac bajaba por el Brandivino, empujada por el viento que de improvisto se había levantado. Berilac, que, cuando vio que se hundía sin remisión en las aguas del río, quiso nadar hacia la orilla, perdía las fuerzas y sus pulmones se llenaron de agua en el instante en el que abrió la boca para pedir auxilio. Rorimac no oyó su ruego; tampoco echó la vista atrás. Y el buen Berilac siguió a la barca de Rorimac media hora después, flotando su cuerpo por las aguas del Brandivino hasta que se enredó en unos matorrales y fue encontrado por otros pescadores que iban a pasar el día en el río.

Rorimac, mientras tanto, se guardó el anillo en el bolsillo, con la intención de ponérselo en el dedo para proclamarlo como suyo. Nunca antes se lo había puesto. En teoría debía ser para aquella que tendría el placer de convertirse en su esposa y por un segundo Rorimac, el amigo desleal, tuvo la tentación de echar por tierra los deseos de Berilac y no dárselo a nadie. No obstante, a pesar de la pelea, todavía perduraba en el corazón de Rorimac el recuerdo de la amistad que lo unía a aquel que había crecido con él y se guardó el anillo en el bolsillo de la chaqueta.

«Le devolveré el anillo cuando me case», se dijo, orgulloso. Sin embargo, más tarde se arrepintió de su pensamiento y decidió devolverle a Berilac su reliquia familiar cuando fuera a verle a su casa. Decisión que se demostró tardía cuando los pescadores llevaron al Señor de los Gamos el cadáver de Berilac y le contaron la historia de cómo le encontraron.

Rorimac no fue testigo de cómo los Gamos se lamentaron de tal terrible suceso, ni de las lágrimas de la esposa de Berilac al ver el cuerpo sin vida de su marido, al que lo último que le había dicho habían sido reproches y no tiernas palabras de amor.

—¡Me lo ha matado! ¡Me lo ha matado y todo por ese maldito anillo! ¡Lo maldigo! ¡Lo maldigo! —dijo la destrozada hobbit.

El Señor de los Gamos le pidió entonces a la viuda que le dijera de qué estaba hablando, pero todos los hobbits respondieron por ella al oír mencionar el anillo y acusaron a Rorimac de tan horrendo crimen, con los ojos llenos de lágrimas y sin creerse todavía lo que estaban viendo.

—¡¿Decís que Rorimac ha matado al buen Berilac por un dichoso anillo de oro?! —se sorprendió el Señor de los Gamos, el hobbit más sensato y orgulloso del lugar—. ¡Traedlo a mi presencia para que pueda defenderse!

Una turba destrozada fue el agujero hobbit de Rorimac y aporrearon su puerta. Rorimac, sorprendido por la muchedumbre que había ido a buscarle a su casa, pensó que Berilac lo había denunciado a sus vecinos con la intención de recuperar el anillo, pero no tardó en descubrir la amarga verdad que lo destrozó por completo, la que le robó las palabras con las que hubiera podido defenderse y argumentar su inocencia.

Llevaron a Rorimac a rastras por los Gamos, ante el señor de aquel lugar que tenía fama de tranquilo y hermoso. Nadie se creía que en aquel paraíso podría acontecer una disputa que acabara en asesinato. Pero era por ese, y no por otro motivo, por el que empujaron a Rorimac y lo obligaron a comparecer ante el Señor de los Gamos y la esposa de Berilac.

—Rorimac Brandigamo —lo llamó el Señor de los Gamos—. Dime qué le ha pasado al pobre Berilac. Su esposa me dice que fue a tu casa a pedirte un anillo que había pertenecido a su familia. Otros hobbits me han dicho que te han visto volver del río con tu barca y estas buenas gentes —señaló a los pescadores—afirman que el Brandivino les entregó el cuerpo de Berilac. ¡Habla ahora, Rorimac para saber si eres inocente de este horrendo crimen!

Rorimac estaba mudo. Vio el cadáver de Berilac y lloró como nunca lo había hecho. Se arrastró hasta el cuerpo de su querido amigo, gimiendo desconsoladamente, y trató de cogerle la mano, pero su esposa lo alejó a patadas.

—Perdóname, Berilac. Perdóname —murmuró Rorimac y no fue capaz de decir nada más, por lo que acabó condenado a los ojos de todos los habitantes de los Gamos.

—¡Asesino! ¡Asesino!

Rorimac sacó el anillo del bolsillo interior de su chaqueta, se lo ofreció a la viuda y esta le escupió en la cara.

—¡No quiero verte a ti ni a ese maldito anillo que me ha robado a mi marido, a mi amado Berilac!

Todos abuchearon a Rorimac, pero ninguno se atrevía a imponer justicia, pues tan monstruoso era el crimen, que solo el Señor de los Gamos podría obrar con justicia sin ponerse al nivel del asesino.

—No hay palabras que puedan mostrar la magnitud de mi horror, Rorimac —dijo el Señor de los Gamos tras pedir silencio a la multitud—. No hay crimen más horrendo que el asesinato, y no hay asesinato más horrible que el de un ser querido. No te ajusticiaremos, porque los Gamos ya tienen bastante con una muerte. Pero el día de hoy yo te declaro proscrito de esta tierra, Rorimac Brandigamo, y te prohíbo que uses el nombre de nuestra familia para presentarte a aquellos que osen acogerte en sus hogares. Al alba, cruzarás el Brandivino para no volver jamás.

Rorimac aceptó la pena. En su mano se hallaba el anillo y lo guardó. No se atrevió a tirarlo ni a continuar mirándolo. Se había convertido en un objeto funesto.

El hobbit proscrito fue a su casa y lloró en vez de preparar el equipaje para su marcha. Ninguno de sus familiares fue a visitarle durante toda la noche; actuaron como si no le conocieran. Y al amanecer, Rorimac partió de su agujero hobbit y fue hasta el Brandivino, el que cruzaría con ayuda de su barca. Desde el embarcadero partiría a Bree, donde había escuchado que vivían bastantes hobbits que se solían mantener ajenos a las cuestiones de la Comarca. Allí podría vender el anillo, buscarse una habitación, conseguir un empleo. Pero jamás olvidar.

Rorimac se subió en su barca. El sol doraba las hierbas que crecían en ambas orillas del Brandivino. Las aguas del río reflejaban la luz de la mañana. Con el corazón encogido, Rorimac miró a su espalda. Como esperaba, nadie acudió a despedirle.

El hobbit cogió el remo, lo hundió en el agua y dio impulso a su barca para alejarse de la tierra a la que había llamado hogar. No se detuvo hasta llegar a la otra

orilla. Fue entonces cuando metió las manos en los bolsillos y sus dedos acariciaron la fría superficie del anillo de oro que había pertenecido a la familia de Berilac.

Al sentir aquel tacto, Rorimac rompió a llorar, maldiciéndose a sí mismo por haber sido un egoísta que había traicionado a su más querido amigo. Caminó y caminó durante días, comiendo lo justo para no desfallecer. Rorimac se alimentó de las bayas que encontró durante su viaje. No había metido nada de comer en su zurrón, donde solamente guardaba un cuchillo, un pañuelo y unas mudas de ropa. Tanta era la pena que lo destrozaba, que cualquiera habría jurado que su intención era morir antes de llegar a Bree. Pero no fue así. Rorimac viajó sin desfallecer y en una semana, en la que vagabundeó, tirándose a la sombra de los árboles algunos días, caminando con paso lento en otros, llegó a la aldea donde los hobbits y la gente grande convivían.

El hombre que vigilaba las puertas de Bree le exigió que le dijera el motivo de su visita.

—No tengo ningún sitio al que ir —dijo Rorimac, encogiéndose de hombros.

—Vaya, vaya. Qué tenemos aquí. Un hobbit sin casa. Espero que no seas un desterrado. Menuda pieza serías entonces. —El hombre vaciló durante un segundo, valorando aquella posibilidad—. ¿Eres un desterrado?

Rorimac se echó a llorar. Aquellos días lloraba a la mínima oportunidad.

—Soy un traidor.

A pesar de que había hablado con enigmas, a Rorimac se le abrieron las puertas de Bree, porque el portero había considerado que aquel hobbit llorón no parecía una amenaza.

—Si quieres una posada, tienes que dirigirte al Poney Pisador —le dijo el hombre—. Si quieres reunirte con los tuyos, sigue esa dirección.

Rorimac asintió, pero echó a andar por Bree sin saber hacia dónde se dirigía. Aquel día el sol brillaba con fuerza y el hobbit sufría los efectos del calor. Se tambaleaba a cada paso que daba y le costaba mantener los ojos abiertos.

Antes de alcanzar el centro de la aldea, Rorimac se desmayó y perdió el conocimiento.

El hobbit se despertó en una cama confortable. Abrió los ojos y vio que se encontraba en una vivienda adaptada a la gente de su raza. Los muebles, el techo, todo era ideal para un hobbit.

Rorimac se destapó y comprobó que le habían cambiado las ropas que llevaba, que estaban sucias y desgarradas por el duro camino, por un suave pijama.

—¿Hola?

La habitación en la que estaba olía a chocolate caliente, a café, a humo de pipa. Rorimac oyó unas risas.

—¿Vas a ir tú?

—Por supuesto. Es mi huésped —dijo una alegre voz femenina.

Poco después entró en la habitación una hobbit de sonrisa deslumbrante. Sus rizos eran dorados como si quisieran rivalizar con el brillo que escapaba de sus sonrosados labios. Sus manos eran tan hermosas como su cabello, sonrosadas y pequeñas.

Rorimac no supo cómo dirigirse a aquella hobbit desconocida que lo había acogido en su casa.

—Buenos días, dormilón. Llevabas en cama un día y medio. Ya empezaba a preocuparme. ¿Tienes hambre? Mi hermano y yo vamos a comer ahora.

Rorimac balbuceó, incapaz de encontrar las palabras adecuadas a aquella situación.

—Mi nombre es Marge. ¿Cómo te llamas, amigo?

—Rorimac.

—Bueno, Rorimac. Tu ropa está en aquel armario —le informó señalándole un mueble empotrado que había al frente de la cama—. Todas tus cosas siguen allí. Cuando estés preparado, ven al comedor y allí te serviré la comida.

Marge se fue y Rorimac corrió hacia el armario. Allí se encontraba su chaqueta y en el bolsillo interior estaba el anillo de oro responsable de la muerte de Berilac. Sudando, Rorimac lo acarició. No quería perderlo de vista, pues a él le debía su desgracia y la de su amigo.

Tras vestirse, Rorimac fue hacia el salón y se encontró con Marge y otro hobbit tan parecido a ella, que nadie podría poner en duda que eran familia.

—Rorimac este es Jackie, mi hermano. Jackie, Rorimac —los presentó Marge.

El tal Jackie se levantó de la silla y estrechó la mano de Rorimac con entusiasmo.

—Con ese nombre deduzco que vienes de los Gamos. ¿Qué te trae por aquí, amigo? Estás lejos de casa.

A punto estuvo Rorimac de echarse a llorar otra vez. Sin embargo, en esa ocasión fue capaz de controlarse y se sentó con cuidado en la silla que Marge le señaló.

—Busco un lugar para vivir. Me peleé con un amigo.

Lo dijo con tanta tristeza, que ni Marge ni Jackie se atrevieron a seguir indagando en el tema.

—Tendrías que construirte tu propio agujero hobbit. Te llevará tu tiempo. Yo te aconsejaría que te instalaras en el Poney Pisador mientras encuentras un trabajo —dijo Jackie.

—¿Cómo le dices eso si sabes que no tenía donde caerse muerto? —le reprochó Marge, que había visto la pobreza del equipaje de Rorimac y sabía que no podía permitirse una habitación del Poney Pisador—. Rorimac, puedes quedarte aquí mientras buscas un trabajo. Mi hermano no puede acogerte en su casa porque su familia es grande…

—¿Cómo vas a tener un inquilino, Marge? ¿Sabes lo que dirán los vecinos? No te ofendas, Rorimac. Pero supongo que me comprenderás.

—No le pongas entre la espada y la pared, Jackie —dijo Marge antes de que Rorimac pudiera responder—. Ya sabes que no me importan nada los comentarios de los vecinos. Por mí pueden hablar de lo que les dé la gana. No voy a dejarle sin techo. ¿O vas a ir a buscarle una casa donde pueda vivir?

Jackie cerró la boca y no dijo nada más. Satisfecha, Marge fue a la cocina y trajo un enorme puchero para servir la comida a Rorimac y a su hermano.

—¿En qué crees que podrías trabajar, Rorimac? —preguntó Jackie con un tono de voz sosegado, aunque era evidente que todavía recelaba del hecho de que aquel desconocido fuera a vivir con su hermana.

—Soy bueno trabajando la tierra, tengo experiencia en aparejos de pesca, sé navegar, reparar botes… —enumeró Rorimac con apatía.

—¿Has trabajado alguna vez como jardinero? —le preguntó Marge con alegría—. Mi vecina Lilie y yo necesitamos un jardinero y el viejo Fungus te pide una fortuna por arreglarte las flores.

Rorimac asintió. Muchas veces había trabajado con Berilac en el jardín de su amigo.

—Mira, ya vas a empezar a ganar tu primer sueldo.

Pasaron tres días hasta que Rorimac se puso a trabajar en el jardín de Marge. Durante ese tiempo, su anfitriona, siempre en compañía de su hermano, le llevó al sastre

para que le confeccionara un traje nuevo y lo presentaron a la comunidad hobbit. A Rorimac le extrañó que nadie le preguntara por qué se había instalado en Bree y había viajado hasta allí muerto de hambre. Temía el momento en el que le preguntaran por su apellido. Por fortuna, todos se contentaron con llamarle Rorimac a secas.

Arreglando las flores de Marge, Rorimac encontró un poco de paz espiritual, aunque seguía derramando lágrimas cada vez que recordaba a Berilac. Marge y su hermano, que se pasaba la mayor parte del tiempo en la casa, trataban de hacerle reír, a veces con mayor fortuna que otras, y Rorimac empezó a cogerles aprecio.

—Oye, Rorimac, ¿cómo te apellidas?

Jackie hizo la fatídica pregunta a la semana de haberse instalado en Bree. Temiéndose la pregunta, Rorimac se había preparado para ese momento.

—No tengo nombre ni familia. Soy huérfano; me abandonaron nada más nacer. En los Gamos me llamaban Rorimac Brandivino.

Rorimac se creyó morir de vergüenza al decir semejante embuste. Jackie malinterpretó su sonrojo y no volvió a sacar el tema de su familia. Aquella noche, en la soledad de su habitación, Rorimac temió que algún hobbit de Bree fuera a los Gamos hablando de un tal Rorimac Brandivino y descubriera así el engaño. Pero pronto descubrió que ningún hobbit salía de Bree y era extraño que los habitantes de los Gamos fueran hasta allí. Normalmente viajaban a Bree hobbits procedentes de otras regiones de la Comarca, para fortuna de Rorimac. Y gracias a esto, el desdichado hobbit fantaseó con la posibilidad de empezar una nueva vida en Bree, aunque esos sueños pronto se esfumaban cuando veía el anillo de oro por el que Berilac había muerto.

Muchas veces Rorimac había sopesado la posibilidad de venderlo para darle parte del dinero a Marge y alquilar una habitación en el Poney Pisador, pero nunca se atrevió a dar ese paso. Le gustaba mirar el anillo, no por avaricia, sino para recordarse la clase de monstruo que era.

De vez en cuando, Marge le sorprendía observando la joya y se quedaba quieta, contemplando a su huésped, en cuyos ojos brillaba la más profunda tristeza. Un día, la hobbit se atrevió a acercarse a Rorimac mientras este veía el anillo y se ofreció a hablar con él con una taza de buen té delante.

—Rorimac, ¿puedo preguntarte por ese anillo tuyo?

Rorimac jamás se habría atrevido a negarle algo a Marge, pues esta le había tratado con infinita bondad. Sin embargo, guardó silencio.

—Rorimac, puedes quedarte aquí el tiempo que desees. No voy a echarte si me dices que has hecho algo malo.

Al oír eso, Rorimac palideció.

—No hablas con casi nadie, estás triste todo el rato. Miras ese anillo como si se te fuera a partir el corazón de un momento a otro y tiemblas cuando alguien habla de los Gamos. Rorimac, sé que has huido de allí. No sé el motivo, pero no te tengo miedo.

El pobre hobbit se echó a llorar con la misma amargura que lo embargó el día de la muerte de Berilac y Marge lo abrazó. Lo besó en el cabello. Con el corazón destrozado, Rorimac le contó su historia sin omitir ni un solo detalle. Le habló del regalo de Berilac, de sus deseos de vender el anillo o quedárselo, de la pelea que ambos tuvieron y de cómo él se marchó tras empujarlo al río, creyendo que su amigo podría nadar hasta la otra orilla. Y mientras Rorimac contaba todo eso, Marge no dejó de abrazarlo ni un solo momento y le acarició con ternura mientras el hobbit relataba entre lágrimas cómo se enteró de la muerte de su mejor amigo.

—¿Te desterraron entonces? —preguntó Marge con timidez y Rorimac asintió con la cabeza.

Ambos permanecieron en silencio después. No se movieron hasta que Marge besó a Rorimac en la mejilla.

—Fue un accidente. No lo mataste y estoy segura de que si hubiera vuelto a tu casa, le habrías entregado el anillo. Deja ya de culparte, Rorimac. Estoy segura de que Berilac no te habría guardado rencor. Si te dio un tesoro perdido de su familia, debía de quererte mucho.

En ese momento, Jackie llamó a la puerta de Marge, pero esta lo ignoró a pesar de que su hermano continuara llamándola con insistencia. Solo se oían los suspiros entrecortados de Rorimac, que aún permanecía entre los brazos de su anfitriona.

—Quiero deshacerme del anillo, pero no puedo, Marge.

—Te comprendo —dijo ella.

—No quiero verlo. No quiero verlo, te lo juro.

—Te creo —le susurró ella al oído.

Jackie dejó de llamar y se marchó. Rorimac ya no lloraba. Solo miraba a Marge a los ojos, que le sonreía con ternura y le acariciaba los cabellos.

—¿Puedes guardarlo tú? —le pidió, después de un minuto de silencio.

—¿Quieres que te lo devuelva después? —le preguntó ella con delicadeza.

—No.

Y después de decir eso la besó.

Durante las semanas siguientes, Rorimac y Marge se dedicaron a arreglar los jardines de los vecinos del barrio hobbit. Rorimac le enseñó a su anfitriona cómo trasplantar flores, preparar la tierra y podar los árboles. Mientras enseñaba a Marge los conceptos básicos de jardinería, Rorimac recordó cómo se sonreía, aprendió a abrazar con ternura, a tener miedo de las sacudidas de su corazón. Con el paso del tiempo, Jackie dejó de visitar a su hermana todos los días y Rorimac y ella pasaban mucho tiempo solos en el agujero hobbit, leyendo, cantando, dormidos abrazados frente al fuego, en la comodidad de una butaca.

De vez en cuando, después de besar a Marge, Rorimac suspiraba recordando a Berilac y la promesa que le hizo de casarse. Sabía que los vecinos del barrio hobbit habían empezado a cuchichear sobre Marge y él y, aunque sabía que a Marge no le importaban nada las habladurías, no quería que nadie hablara mal de ella; la quería demasiado. Pero también tenía miedo de casarse con ella. No quería que la relacionaran con su crimen si algún día se descubría.

—Marge, ¿me quieres? —le preguntó una noche, en la que ambos estaban abrazados frente al fuego.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Te tengo que preguntar si tú me quieres a mí? —le replicó y después le dio un beso fugaz en la mejilla.

—Creo que te quiero demasiado.

—Nunca se puede querer demasiado a una persona.

Rorimac la abrazó con fuerza, como si fuera a desaparecer de un momento a otro.

—Quiero casarme contigo, Marge, pero no quiero que te conviertas en la esposa de un proscrito —le confesó.

—Bueno, supongo que tendré que conformarme con ser la amante de un proscrito. A mí me suena mejor. ¿A ti no? —preguntó soltando una carcajada, sin ningún deje de acritud en sus palabras y Rorimac la abrazó más fuerte y la besó en el cuello.

—Marge, ¿me quieres?

La hobbit guardó silencio y, por respuesta, le dio un largo y sincero beso. A continuación ambos se miraron a los ojos, en penumbra, con la única luz procedente de las llamas de la chimenea.

—Quiero casarme contigo.

Marge sonrió y lloró, suspirando entrecortadamente.

—Pero no tengo nada que darte —añadió Rorimac—. Solo he podido darte el anillo de Berilac.

—No necesito nada más que tu cariño. Y el anillo no saldrá del cajón donde lo tengo guardado. ¿Acaso Berilac no quería que lo tuviese yo?

Rorimac solo pudo responder a aquello con un beso.

La boda fue discreta. Jackie fue el testigo y solo acudieron al enlace algunos familiares cercanos. Rorimac compró para la ocasión una alianza sencilla y se la entregó a Marge en el altar, que no podía estar más hermosa el día de su boda.

El banquete nupcial lo celebraron en el agujero hobbit, con intimidad, pero por todo lo alto. Jackie bebió más de la cuenta y acabó llorando sobre el hombro de Rorimac mientras le llamaba querido cuñado. Durante la noche, Rorimac estuvo jugando con sus nuevos sobrinos y les contó bastantes historias sobre los Gamos sin dejar que la nostalgia enturbiara el día más feliz de su vida.

Cuando se acabó la fiesta, Rorimac abrazó a Marge y se besaron frente a la mesa del banquete nupcial, frente a montones de platos sucios y vasos a medio llenar.

—¿Vas a volver a adoptar el apellido Brandigamo? —preguntó Marge con timidez.

Rorimac suspiró.

—El Señor de los Gamos me prohibió usarlo.

—Esto es Bree, cariño. El Señor de los Gamos no puede prohibirme que mis hijos tomen el nombre de su padre por castigo a un crimen que no cometió.

Rorimac miró a su esposa. No se parecía en nada a la mujer de Berilac. En realidad, ninguna hobbit se podía comparar a Marge.

—Está bien. Mis hijos podrán llamarse Brandigamo.

Aquella decisión, aunque el matrimonio creyó que les ayudaría a superar el pasado, solo les acarreó desgracia. Cuatro meses después de la boda, en lo más crudo del invierno, un viajero procedente de la Comarca se hospedó en el Poney Pisador y estuvo charlando con los hobbits del lugar.

—¿Qué ocurre en la Comarca? —le preguntaron los lugareños.

—Lo mismo de siempre. Lo único digno de contar sucedió en los Gamos y me aflige tanto que prefiero no hablar de ello. ¿Y qué nuevas hay de Bree?

Le hablaron entonces de la boda de Rorimac y Marge, y le dijeron que Rorimac, el forastero, había adoptado el apellido Brandigamo después de haber guardado silencio sobre su nombre.

—Parece un buen hobbit, pero hay algo sospechoso en él —dijeron bajando la voz.

El viajero de la Comarca aferraba su jarra de cerveza y temblaba de pies a cabeza.

—Decidme dónde vive ese malnacido, pues os juro que haré justicia. Ese hobbit mató a un primo mío por la avaricia de querer apropiarse de un anillo que había pertenecido a nuestra familia. Para qué veáis cuán grande es su ruindad os diré que el Señor de los Gamos se limitó a desterrarle con la única condición de que no usara el nombre Brandigamo.

Se armó entonces un tumulto en la posada y uno de los oyentes, que era un buen amigo de Jackie, corrió a advertirle sobre su cuñado. Sin embargo, mientras tanto, el viajero y los hobbits con los que había compartido bebida, además de varios miembros de la gente grande, fueron a la casa de Rorimac y Marge exigiendo justicia.

—¡Asesino! ¡Asesino!

Rorimac estaba cenando en esos momentos con Marge y al oír los gritos de asesino tan cerca de su puerta, supo que lo estaban buscando.

—No salgas de casa —le dijo a Marge y salió para recibir a los que pedían su cabeza.

—¡Maldito seas, Rorimac! —exclamó el viajero—. ¡Y con qué gusto maldeciría tu nombre de no llamarse el hijo de Berilac como tú! ¡Asesino!

—¡Asesino! —coreó la multitud.

Recordando entonces el cuerpo sin vida de Berilac, Rorimac no supo cómo defenderse. Sin embargo, Marge, que había ido corriendo a buscar el anillo por si se lo exigían a su marido, salió pronto a defenderle.

—¡¿Cómo osáis llamar asesino a mi marido sin saber qué paso en realidad?! ¡¿Acaso este viajero que llama asesino a mi esposo le vio matando al buen Berilac?!

Todos enmudecieron. Los hobbits de Bree conocían a Marge y sabían que tenía buen corazón a pesar de mantenerse alejada en ocasiones de la vida de la comunidad. Sin embargo, el viajero continuó clamando justicia.

—¡Él no negó ser su asesino! ¡Lo primero que hizo el cobarde fue pedir perdón al cadáver de mi primo, cuyo único error fue tratar a este desgraciado como a un

miembro de su propia familia! ¡Rorimac! ¡Mataste a mi primo por un anillo de oro! ¡Un anillo de oro que deberías haberle devuelto!

Sin poder contenerse, Marge cogió el anillo, que guardaba en uno de los bolsillos de su vestido, y se lo arrojó al forastero.

—¡Si tanto os interesa el maldito anillo, ahí lo tenéis! ¡Berilac se lo dio a Rorimac con la única condición de que se lo devolviera cuando tuviera una esposa y yo afirmo serlo! ¡Devuelve ese anillo a la familia del pobre Berilac y déjanos en paz a mi marido y a mí!

El anillo cayó a tierra justamente cuando Jackie llegó para tratar de poner paz. El viajero quiso increpar a Marge, pero Rorimac se puso delante de ella y la protegió de aquel enloquecido hobbit. Jackie también fue allí dispuesto a defender a su hermana.

—¡Tú no tocas a mi Marge! —gritaba Jackie.

Tal era el jaleo frente al hogar de Rorimac y Marge, que el alcalde de Bree acudió allí dispuesto a sembrar paz. La gente grande fue la encargada de separar a los hobbits que peleaban, aunque nadie fue capaz de separar a Marge de Rorimac, que quería protegerlo de los agitadores hasta con su propio cuerpo si fuera necesario.

El alcalde escuchó los motivos de los hobbits para querer linchar a Rorimac y, tras eso, habló con el acusado.

—Rorimac Brandigamo, pues allí te llamas según me consta. ¿Niegas las acusaciones de asesinato?

Por Marge, que lo había defendido mientras todos sus vecinos lo llamaban asesino, Rorimac encontró el valor necesario para defenderse.

—No niego que por mi culpa muriera mi buen amigo Berilac. Tampoco niego que discutiéramos por ese anillo que ahora yace en el suelo por culpa de mi avaricia —dijo Rorimac alzando la voz—. Pero niego las acusaciones de haber matado a Rorimac intencionadamente. Murió por un accidente y por cobardía. Lo lancé al río y yo creí que podría nadar hasta la orilla, ya que era un buen nadador. Por mi estupidez Berilac murió, pero eso no me convierte en un asesino, solo en el peor de los amigos.

Marge le abrazó por detrás, infundiéndole ánimos, y Rorimac se sintió capaz de afrontar cualquier cosa. El alcalde no sabía cómo actuar. No le apetecía ejecutar a un hobbit; apreciaba a esa raza por sus pintorescas costumbres. Mucho menos iba a ejecutar a un hobbit cuya esposa lo amaba tanto y lo defendía con tanta pasión y con tan buenas razones si lo que decía el acusado era verdad.

—A falta de testigos y ya que hubo un juicio en los Gamos, según este viajero, me niego a juzgar a este hobbit de nuevo. Que él cargue en su conciencia con la muerte de su amigo. Bree no se encarga de hacer la justicia de los Gamos. Váyanse todos a sus casas.

Rorimac oyó a Marge sollozar a su espalda y jamás había escuchado nada tan hermoso, a pesar de que muchos hobbits lo abuchearan. Sin embargo, el forastero que afirmaba ser primo de Berilac, y seguramente lo sería porque tenía el mismo pelo y los mismos ojos que él, estaba decidido a hacer justicia hasta el final.

Gritando, cogió una gran piedra que había alrededor de un pequeño árbol que Rorimac y Marge habían plantado frente a su casa, y, aunando fuerzas la lanzó hacia aquel al que llamaba asesino. Marge, que no estaba dispuesta a permitir que Rorimac sufriera ningún tipo de daño, se zafó de su marido y se colocó frente a él, con tan mala fortuna que la piedra le dio en la frente y la derribó al suelo.

La hobbit comenzó a sufrir espasmos. Le sangraba la cabeza.

—¡No! —chillaron Rorimac y Jackie al mismo tiempo.

El viajero había lanzado la piedra con gran violencia y el golpe le había abierto a Marge una brecha en la cabeza. Rorimac la abrazaba y trataba de frenar la hemorragia, pero no era aquello lo que alejaba a su esposa de su lado.

—¡Marge! ¡Marge! ¡Aguanta!

Jackie estaba con él y trataba de reanimar a su hermana. Pero, tras dar unos cuantos espasmos más, la hobbit dejó de moverse.

—Hermanita, hermanita, dime algo.

Los ojos de Marge miraban a Rorimac sin reconocerle. Él la besó, le susurró tiernas palabras de amor al oído, pero no halló respuesta. A sus espaldas, la multitud se había quedado muda. Ni el alcalde de Bree se atrevía a intervenir.

Finalmente, Rorimac dejó el cadáver de Marge en el suelo. Su dolor era tal que no era capaz de llorar. Jackie, en cambio, derramaba amargas lágrimas sobre el cuerpo de su hermana.

Recogiendo la piedra, donde aún estaba fresca la sangre de Marge, Rorimac se abalanzó sobre el primo de Berilac chillando con una rabia que asustó a todos. El desafortunado viajero quiso retroceder, pero Rorimac se abalanzó sobre él y le golpeó con la piedra. No una vez, ni dos, ni tres. Las suficientes para que su sangre manchara la camisa que Marge le había comprado ese día.

—¡¿No me llamabais asesino?! ¡¿Qué tenéis que decir ahora?!

Los hobbits que contemplaron la escena retrocedieron, aterrorizados. Hasta la gente grande pareció temer la reacción de Rorimac, que se reía enloquecido mientras sollozaba. Jackie, que todavía sujetaba a su hermana, miró a Rorimac con los ojos anegados en lágrimas.

—Corre. Tienes que correr.

El alcalde de Bree miró detrás de él, esperando que apareciera el alguacil. Tenía que encerrar a Rorimac por asesinato; era la ley.

—¡Corre, Rorimac! ¡No dejes que te atrapen! —aulló Jackie.

Rorimac soltó la piedra y se agachó. Acarició el anillo de oro que había matado a Berilac y a Marge y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—¡Corre, maldita sea! ¡Marge no querría que murieras!

Y antes de que el alcalde de Bree ordenara que le prendieran, Rorimac huyó. No miró atrás. No se atrevió a contemplar una última vez a Marge, que minutos antes había llorado de felicidad sobre su espalda, y, mientras Rorimac corría, esperaba oír los gritos de los habitantes de Bree exigiendo su cabeza. Pero nadie marchó detrás de él. Nadie fue a prenderle. Y Rorimac salió de la aldea por la puerta principal y puso rumbo hacia el oeste, hacia tierras en las que jamás pensó que se adentraría.

El fugitivo partió sin equipaje, como cuando lo exiliaron de los Gamos. Tenía el anillo de oro de Berilac como única posesión y caminaba como si huyera de la muerte. Sin embargo, cada noche, cuando se acostaba, el único deseo que conseguía hacerle conciliar el sueño era el de cerrar los ojos y nunca más abrirlos. Por desgracia para Rorimac, la Muerte no le concedía esa gracia.

El hobbit atravesó tierras pantanosas durante su viaje, donde los insectos lo atosigaban como si pretendieran devorarlo. Rorimac enfermó y hubo días en los que no pudo moverse por culpa de las fiebres y creyó que no tardaría mucho en morir, que un orco, un trasgo o un troll aparecerían en ese paraje maldito para matarlo. Sin embargo, Rorimac recobró las fuerzas y continuó su viaje hacia el este, sin querer reconocer que contemplar el anillo durante todas las jornadas que estuvo enfermo fue lo que le ayudó a superar los sufrimientos que padeció.

El Rorimac que abandonó los pantanos no se parecía en nada a aquel al que creció en los Gamos ni al que se enamoró en Bree. La enfermedad había arruinado su aspecto. Su piel era cetrina, había perdido peso y tenía el cabello enmarañado. Pero lo peor no era eso, sino la locura que se había apoderado de él.

En los pantanos, la soledad destrozó a Rorimac. Empezó a hablarle al anillo, como si fuera un ser de carne y hueso que pudiera consolarle.

—Te robé, te hice mío y Berilac me maldijo. Tenías que arrebatarme lo que más quería.

Cuando Rorimac se dormía, atormentado por la fiebre, soñaba con los Gamos y con los que le desterraron.

—No era un asesino. No lo era. Fue un accidente.

«Fuiste un asesino. Abandonaste a Berilac en el Brandivino y la maldición de los Gamos cayó sobre ti», le decía una voz en su cabeza.

Incluso despierto y ya sin fiebre, tras abandonar los pantanos, Rorimac continuaba hablándole al anillo en medio de sombríos bosques, bajo el sol abrasador que no le concedía ningún tipo de tregua.

—Fue la maldita mujer de Berilac. Ella mandó a ese primo a Bree. Quería destrozarme, arruinarme la vida.

Rorimac jamás se puso el anillo. Una vez casi lo hizo, pero se imaginó entonces a Marge guardándolo y colocándoselo en el dedo como si fuera su alianza de matrimonio. Lleno de dolor, lo arrojó a la tierra, pero lo recogió inmediatamente. Por nada del mundo quería perder el anillo; era demasiado preciado para él. Era lo único con lo que podía hablar.

—Asesino, así me llamaron —le confesó al anillo entre risotadas—. Me desterraron y me maldijeron. No merecía ser feliz, no merecía tener a Marge a mi lado. Nunca quise casarme. ¿Por qué lo hice entonces?

Rorimac se alimentaba de alimañas o de los conejos que conseguía cazar con sus propias manos, acechándolos en su madriguera. Sus ropas eran andrajos; parecía más una bestia que un hobbit y caminaba sin rumbo. No había lugar en el mundo que pudiera acogerle.

—Al final solo me quedas tú. Eres lo más valioso que tengo, mi tesoro —le aseguraba al dorado objeto—. Tal vez pueda venderte en una aldea, comprar una granja y volver a ser feliz, ¿no te parece? No, claro que no. Tienes razón; maté a Berilac. Alguien vendrá buscando justicia y tendré que volver a huir. Soy un monstruo, una criatura indeseable. ¿Quién podría quererme?

Algunas noches Rorimac soñaba con Marge y, cuando despertaba, lloraba y besaba el anillo, al que hablaba del amor de su vida, la que erróneamente confió en él.

—Era un asesino, un desterrado. ¿Por qué me acogió? ¿Por qué se casó conmigo?

En los bosques había lobos. Rorimac los oía aullar a menudo y cogió un palo largo para defenderse en el caso de que se encontrara con una manada de esas fieras.

—Tal vez debería dejar que me mataran, ¿no crees? —le preguntaba a su único amigo, el que había continuado con él sin abandonarlo durante su destierro—. No, ¿qué sería de ti? Debería arrojarte a un río para que alguien te encontrara y echara a perder su vida. Sí, creo que haré eso.

Al final, Rorimac tuvo que dejar de caminar. Su camino hacia el este finalizó cuando se alzó frente a él una gigantesca cordillera.

—Aquí se acaba el viaje —sentenció.

Rorimac no recordaba cuánto tiempo llevaba caminando. Quizás fueran semanas, meses, tal vez años. El hobbit había olvidado el placer de navegar por el Brandivino y pescar mientras fumaba, el sonido de las risas, las canciones. Rorimac ya no recordaba el sabor de los besos de Marge.

El cielo estaba gris. Jirones de nubes se amontonaban en él. Los lobos aullaban y Rorimac creyó que no se atreverían a subir a las montañas, cuya imagen era siniestra.

—¿Crees que habrá orcos en este lugar? No sería un mal final. Ellos se quedarían contigo, joya abominable.

Rorimac buscó refugió en una cueva. Las nubes presagiaban tormenta y el hobbit no quería caminar bajo una lluvia torrencial.

—¿Pero qué haría yo sin ti? Debemos estar juntos para toda la eternidad. Eres mi tesoro.

Rorimac se acomodó sobre una roca y decidió pasar allí la noche. No buscó leña para encender una hoguera; le bastaba con el calor de su cuerpo. Le agradaba la fría caricia del viento.

—Podría vivir aquí, entre los lobos y los otros engendros que habiten estas montañas. Me alimentaría de ratas. Puede que haya un río cerca; me hartaría a peces y nunca me faltaría de nada.

Absorto como estaba en su monólogo, Rorimac no se percató de que había una sombra que lo acechaba desde las profundidades de la cueva, una sombra que poseía unos ojos resplandecientes y un alma maligna y atormentada como la suya.

—Solo te necesito a ti para ser feliz, mi tesoro.

La sombra dio un respingo. Se atrevió a asomarse. Los últimos rayos del sol iluminaron sus rasgos enfermizos que tan parecidos eran a los de Rorimac. Antaño aquella criatura debió de ser un hobbit. Puede que incluso viviera en los Gamos. O no. Nada de eso importaba.

—¿Con quién hablas, extraño? —preguntó el engendro.

Rorimac no se asustó. Se limitó a mirar a la criatura con indiferencia.

—Con mi anillo, mi tesoro —respondió Rorimac mientras se reía y enseñó al extraño ser aquello de lo que hablaba.

—¡Ladrón! ¡Eso es mío! —dijo la criatura y se habría abalanzado sobre Rorimac si este no lo hubiera amenazado con el palo que había cogido para defenderse de los lobos.

El lamentable personajillo, huesudo, de ojos tristes, dientes retorcidos como los de una bestia y que vestía solamente un taparrabos, empezó a toquetearse con ansiedad hasta que encontró algo que lo hizo suspirar. Rorimac se sorprendió cuando lo vio sacar un anillo de oro como el que él tenía y besarlo con auténtica pasión.

—Mi tesoro… —susurró y un escalofrío recorrió a Rorimac. El hobbit estuvo a punto de vomitar ante tan horrendo espectáculo.

—¿Cómo te llamas?

El monstruo reparó de nuevo en su presencia y se alejó de Rorimac con precaución.

—¿Qué importa nuestro nombre, pequeño hobbit? ¿Acaso te he preguntado el tuyo?

El corazón de Rorimac empezó a latir a un ritmo endemoniado.

—¿Dónde has encontrado ese anillo? —preguntó la criatura desharrapada.

El hobbit tragó saliva.

—Eso no es asunto tuyo.

El extraño ser masculló algo y comenzó a toser, como si estuviera sufriendo unas arcadas. Rorimac se alejó de él, aferrando con fuerza el palo.

—Está bien, está bien. No preguntas. Pero no puedes irte así como así —dijo el engendro—. Has entrado en nuestra casa sin permiso. Tenemos que jugar para decidir si puedes irte o no.

—¿Jugar? ¿A qué?

Rorimac fantaseó con la sonrisa de Marge y recordó las charlas que había mantenido con Berilac, pescando en el Brandivino.

—A los acertijos. ¿A qué si no? Nos gustan mucho los acertijos.

Ese siniestro personaje tosió de nuevo y, mientras lo hacía, Rorimac lo escuchó hablar consigo mismo.

—¿Qué pasará si gano?

—Podrás irte —prometió el monstruo mientras sonreía con crueldad.

—¿Y si pierdo?

Silencio. La criatura no habló hasta que un trueno rugió en las montañas.

—Te comemos.

Rorimac se mordió los labios. Contempló a ese indeseable que le hablaba con tanta tranquilidad de comerle mientras guardaba un anillo de oro en su mano derecha, justo como hacía él.

—¿Quieres jugar?

—Qué remedio.

Comenzó a llover en las montañas. Los lobos buscaron refugio. Los trasgos, que eran frecuentes en aquellas montañas, rodeadas de niebla, volvieron a las profundidades de la tierra, encendieron hogueras y empezaron a tocar tambores. Rorimac y la criatura escucharon en la oscuridad de la cueva el alboroto que montaban aquellas bestias.

—Empezamos.

El monstruo habló en verso y Rorimac recordó las adivinanzas que a Berilac y a él le gustaban oír de niños.

Es de coraza frágil,
un guerrero aún por nacer
de corazón dorado
y blanca sangre.

—Un huevo —respondió Rorimac.

La criatura escupió, llena de rabia.

—Tu turno.

El hobbit se echó a llorar, recordó las flores del jardín de su casa de Bree, a las que Marge cuidaba con infinito cariño.

Crezco por la caricia del sol.
Mis pies son frágiles,
mi rostro dorado
y blancos mis cabellos.

Un relámpago alumbró la caverna y Rorimac pudo ver con perfecta claridad a aquel que quería devorarle. No tuvo la menor duda de que ese personaje tuvo que ser hace mucho tiempo un hobbit como él antes de que su anillo le destrozara la vida, porque sí, estaba seguro de que la culpa de su aspecto residía en el anillo de oro que guardaba con tanto fervor. Rorimac estaba seguro de que los dos eran almas gemelas.

—Una margarita. ¡Tiene que ser una margarita!

Rorimac asintió con desgana y arrojó el anillo a los pies de su alter ego, que lo recogió y lo guardó junto a su otro tesoro.

—¡Nos toca! ¡Nos toca!

Todos viven sin aliento

y fríos como los muertos,

nunca con sed, siempre bebiendo

todos en malla, siempre en silencio.

«Ojalá Rorimac no hubiera pescado aquel pez», pensó Rorimac. «Si aquella trucha hubiera permanecido en el fondo del Brandivino, él no habría muerto».

«Pero de no haber pescado aquella trucha, jamás habrías conocido a Marge», dijo una vocecilla en su cabeza.

—¿Te rindes, pequeño hobbit? ¡¿Te rindes?!

«Aquí se acaba mi viaje». «No voy a pensar más en ese pez. Que este acertijo sea mi final», decidió el pobre Rorimac y se tumbó en el suelo como respuesta. El monstruo no perdió aquella oportunidad y, tras coger una piedra, dio muerte a Rorimac con un golpe certero.

Antes de arrastrar el cuerpo a las profundidades de la cueva, aquella criatura, a la que llamaban Gollum al no tener otro nombre con el que referirse a ella, se puso en el dedo el anillo de oro de Rorimac y aguardó impacientemente, como si esperara que se produjera algún prodigio.

Como nada sucedió, tiró la joya que había yacido durante años en el fondo del Brandivino.

—Solo era un vulgar anillo, mi tesoro.